

1.  
¿Y POR QUÉ IRAQ?

PEDRO MARTÍNEZ MONTÁVEZ  
Universidad Autónoma de Madrid

Parto de una idea fundamental, de una impresión que tengo ya muy acuñada y consolidada, después de todo lo que llevo oído y leído sobre el tema: pienso que, en el enorme debate que se viene produciendo, no se plantean los aspectos y puntos fundamentales de la cuestión o, cuando más, se reducen a una simple y pasajera alusión, a una brevísima indicación sin alcance ni importancia; el auténtico debate, en realidad, se sustrae, se oculta, se diluye. No es que no tengan importancia e interés los puntos concretos que se suscitan –que sí lo tienen– pero insisto en el hecho de que no son los fundamentales, los esenciales, los auténticamente reveladores y sustanciales. Se tratan especialmente los más llamativos y espectaculares, o los más monográficos, impactantes o excitantes. Y se suele hacer de una manera “deportiva”, mediante un tratamiento competitivo: ¿quién va a vencer?, por ejemplo, o ¿cuál va a ser el tanteo final? ¿cuánto va a durar el encuentro? ¿habrá sustituciones, amonestaciones o expulsiones a lo largo del mismo? Es decir, que este asunto tan sumamente grave recibe tratamiento mediático muy parecido al recibido por cualquier destacada retransmisión deportiva o espectáculo musical; es también una especie de “magasín”. Estoy totalmente convencido de que, con ello y por ello, se hurta lo fundamental del debate, no entramos casi nunca en él, nos movemos casi siempre por senderos periféricos al mismo.

Y lo fundamental del debate, para mí, se concreta en otros aspectos. El primero de ellos –al menos, en esta fase de preparación– es que la agresión no se va a producir sólo para llevar a cabo el desarme del régimen de Saddam Husain, del régimen iraquí, sino para ocupar el país. Sí, para eso: ocupar el país, ocupar Iraq. De este objetivo concreto –la ocupación de Iraq– se habla poquísimamente en el ámbito occidental, prácticamente nada, y se habla en cambio muchísimo en el ámbito árabe. Esto es algo que diferencia y opone claramente a los medios de comunicación de ambos entornos, y con seguridad de manera especial a la prensa, que es lo que yo más sigo y consulto. El tema de la “ocupación” constituye uno de los ejes de la máquina informativa árabe, y está escamoteado o es ignorado en la occidental. Ésta va más por los derroteros de si “guerra sí” o “guerra no”, de si “agresión sí” o “agresión no”. Bueno, puntualicemos de paso: el término que se emplea mayoritariamente es el de “guerra”, y bastante menos el de “agresión”, que parece, sin embargo, conceptual, léxica y técnicamente, más apropiado. Pero lo cierto es lo que he afirmado: el objetivo fundamental es la ocupación; el desarme –que es en lo que se insiste hasta la saciedad en los medios occidentales, y en lo que insisten más allá de la saciedad los belicistas enfrentados a lo que ellos han denominado el “eje del mal”– es el requisito preparatorio, el hecho instrumental, y en parte también el lugar común que desvía la atención de aquel objetivo fundamental. La ocupación es la realidad profunda, y el desarme, la escenificación previa a la realidad profunda. Por eso hablan sólo de ésta, porque conviene no advertir sobre aquélla. Llegará cuando llegue, y no habrá entonces grandes dificultades para aceptar los hechos como se presenten. La ocupación, por consiguiente, es el resultado concreto perseguido para poder terminar con el “eje del mal”, el buscado por el “imperio del mal”, que es a su vez la denominación que ocasionalmente emplean algunos medios árabes para referirse a la coalición internacional que se va formando.

Desde mi punto de vista, insistió, eso –se produzca cuando se produzca, se produzca como se produzca– va a llevar a lo básico, que es la ocupación de ese territorio. La discusión en los países occidentales se centra más en el tema del desarme de Iraq, que es importante, sí, pero que es relativamente secundario o preparatorio. Hay otro aspecto de la cuestión que tampoco se suscita ni se trata, al que ni siquiera se alude. Y este olvido es aún más grave e inexplicable. Me estoy refiriendo a la falta, siempre, de una contextualización histórica, de la dimensión estrictamente cronológica al menos. Esto no ocurre tan sólo con lo que ahora aquí nos ocupa –la cuestión de Iraq–, sino que caracteriza y determina la inmensa mayoría de los tratamientos y planteamientos que de cuestiones árabes e islámicas se hacen en los medios occidentales; digo la inmensa mayoría, y quizás tendría que haber dicho la totalidad. Estoy aludiendo, obviamente, a hechos modernos o contemporáneos –aunque tampoco se libran de ello muchos de los correspondientes a tiempos anteriores– y a presentaciones en medios de comunicación preferentemente –aunque tampoco estén exentas de esta carencia básica interpretaciones formalmente de mayor fuste y ambición: supuestos estudios históricos, supuestas investigaciones científicas, supuestos ensayos y aproximaciones intelectuales...– Éstas resultan también sustracciones básicas, esenciales, y determinan que los debates derivados sean sumamente parciales, ampliamente inválidos, en gran medida inútiles, sencillamente por estar incorrectamente planteados, por ser objeto de tergiversación o manipulación previas. Reducimos a instantáneo lo que es continuo. Quiero decir que las cuestiones que acontecen en los medios árabes e islámicos no se sitúan ni se ven, ni se analizan consecuentemente, casi nunca en términos de proceso, de dinámica, “históricamente”, en su pluralidad temporal. Con ellos sólo practicamos la visión “evenemencial” –si es que nos acogemos al empleo de un galicismo– o la eventual, si es que nos

decidimos a aplicar las posibilidades léxicas de la lengua española, aunque el término propio sea menos expresivo que el ajeno.

Lo que en esos países pasa, y entre esas sociedades ocurre, brinda para nosotros sólo una presencia y un valor, un significado y un sentido, estrictamente en términos instantáneos, momentáneos. No los disponemos ni integramos en un proceso, en una dinámica, en una trayectoria, todo lo cambiantes y alteradas que se quiera, pero participantes de su peculiar hilo argumental, de su propia y específica coherencia. Nada nos importa conocer sus orígenes, sus bases, sus procedencias; tan sólo, “¿qué va a pasar?”, y saberlo al punto, en el mismo momento. Quiero decir que decapitamos los hechos, los desarraigamos. Lo más frecuente y repetido es que nos digamos: “no, mire usted, a mí lo único que me interesa es saber qué pasa, y no por qué ni para qué”. Más que dejar todo reducido al presente –desdeñando el pasado y el futuro, destruyéndolos–, lo inmovilizamos en el estricto instante. Por ello, el mundo árabe e islámico resulta para la inmensa mayoría de los occidentales algo espasmódico, algo absolutamente imprevisible, totalmente inexplicable, ininteligible. No es que no estemos capacitados para entenderlo o tratar al menos de explicárnoslo, sino que tradicional e inconscientemente nos desproveemos de los mecanismos y útiles apropiados para poder llegar a entenderlo y explicárnoslo; al menos, en parte, al menos, intentarlo. Por eso también, sencillamente, nos asusta. Por eso también, sencilla y contradictoriamente en principio, nos fascina. Porque nos resulta un desconocido casi total.

\* \* \*

¿Cuáles son los motivos y las causas que han llevado a que sea Iraq precisamente el “seleccionado” para toda la operación que se

viene encima, el “agraciado con el primer premio”, de momento? Porque, en teoría, había otros objetivos posibles en la misma zona. Así pues, ¿por qué Iraq precisamente? Sería absurdo pensar que había un solo motivo. Nunca suele haber un solo motivo, o casi nunca, y mucho menos en los hechos sumamente importantes y que acarreamos grandes consecuencias. Lo del motivo único lo emplean solamente quienes son naturalmente ingenuos, o los desinformados, o quienes quieren engañar o confundir, por las razones que sean y con los objetivos que busquen. El motivo único casi nunca explica nada, aunque resulte de hecho en la mayoría de los casos muy espectacular y hasta quizás fascinante, y por eso mismo más aceptado y preferido. En el tiempo de simplismos, urgencias y espejismos en el que estamos sumidos, en donde la manipulación y la tergiversación han alcanzado categoría sobresaliente e indiscutible, las explicaciones únicas a base de causas y motivos únicos, para producir efectos únicos e imponer un pensamiento único, son lamentablemente las que gozan de crédito y reconocimiento.

Voy a referirme seguidamente a algunos de esos motivos. Obviamente, hay otros, seguramente de la misma categoría e importancia, y quizás alguno hasta superior, pero éste no es un análisis exhaustivo, y sí sólo de parcial aproximación. Repito algo que ya he advertido antes: planteo esta cuestión de Iraq en términos de proceso y no de mero acontecimiento ni hecho momentáneo. Y añado ahora esta otra advertencia: no hay razón alguna de preferencia ni de importancia, ni cuantitativa ni cualitativa, en el orden de exposición de estos motivos; entre otras causas, porque todos ellos están concatenados, entramados, y por consiguiente se interaccionan, confluyen. Constituyen una especie de enorme taracea, por emplear un arabismo de la lengua española muy bonito y posiblemente caído ya en desuso. Tan bonito y añejo, que tal vez no le vaya a esta turbia y lamentable cuestión.

Pongamos como primer motivo el petróleo, insistiendo en que no interviene principio jerárquico ninguno en el orden de aparición. Como bien se sabe, Iraq es el segundo país del mundo en reservas de petróleo, quedando en primer lugar la Arabia Saudí. Hay quienes consideran probable, no obstante, que sea a la inversa, y que las reservas iraquíes superen a las de su vecino, pero poco importa esta presunta clasificación: ambos están arriba. Pero, como no se trata sólo de un asunto de cantidad, sino también de calidad y circunstancia, conviene tener en cuenta otros aspectos del tema; por ejemplo, recordar rápidamente cómo se sitúa la geografía petrolera iraquí. Mirando un mapa, la cosa resulta muy fácil; se trata de una geografía polarizada en los dos extremos del territorio: al norte y al sur, en donde se encuentran los grandes yacimientos. Algo hay también en la zona media del país, pero en nada comparable a lo existente en los extremos. Esto significa que la gran mayoría de las tierras petroleras están en zonas mayoritariamente desafectas al poder central iraquí y que mantienen grandes confrontaciones con éste; gentes que consideran poseer su propia identidad, que se sienten maltratadas, marginadas u oprimidas por el poder central y que, en consecuencia, buscan su desvinculación del mismo, o su autonomía, o hasta su posible independencia. Las posibilidades cara al futuro están muy abiertas, dependen de muchos factores. La cosa está clara: el petróleo del norte cae en su mayor parte en ámbito kurdo; en el sur, en ámbito chií. Kurdos –que son en su casi totalidad musulmanes sunníes y están lingüísticamente al menos muy arabizados, aunque posean también su propia lengua– y musulmanes chiíes se enfrentan al “centro sunní” por razones que no son las mismas en ambos casos –y en las que no hay por qué entrar aquí–, pero el hecho fundamental es el de esa doble, y diferenciada, confrontación. Cierto es también que la distribución de la población no resulta en realidad tan esquemática ni sistemática como pudiera parecer, y que los entrecruzamientos, superposiciones y mezclas

existen, pero no se olvide que estamos hablando de situaciones mayoritarias y de tendencias y sentimientos en proceso.

Dicen los expertos en estas cuestiones del petróleo y sus derivados –yo no lo soy en absoluto– que la industria iraquí de los hidrocarburos es una de las que se asientan sobre bases más fáciles, naturales y sólidas entre las del Próximo y Medio Oriente, y en consecuencia su explotación, desarrollo y aprovechamiento resultan menos costosos y complicados que en otras zonas. En todo caso, como digo, la enorme riqueza petrolera iraquí constituye uno de los principales motivos del estallido y mantenimiento de la crisis, y predicar lo contrario es una palmaria manifestación de absurdo o de ir, inútilmente, contra la más diáfana realidad. Yo he pensado siempre así y lo he expresado oportunamente, tanto a lo serio como en broma. En más de una ocasión he afirmado, por ejemplo, que si el *Maxrek* –es decir, el Próximo y Medio Oriente, en lengua árabe, y extendiendo la situación a toda la zona y no circunscribiéndola sólo a Iraq– fuera un melonar, ni se habría producido la invasión de Kuwait en 1990 ni la zona tendría tan alto y creciente grado de conflictividad. Nicolas Sarqis –que ése sí es un gran experto en la materia– comienza así un artículo sobre la cuestión: “Si Iraq exportara pistachos y tomates no se habría producido el conflicto que se ha producido”. No se puede decir ni más claro ni más conciso.

De la importancia grande del petróleo como causa en buena parte de la crisis y generadora de la misma, podemos hacernos idea muy apropiada considerando la vehemencia y hasta los malos modos que, en la negación de este hecho, ponen algunos personajes de la política directamente involucrados en el tema. Vamos a reducirnos al medio español, que es el que nos cae más cerca y está resultando uno de los más implicados oficialmente en el asunto. Recuérdense, por ejemplo, las manifestaciones de la

señora Ministra de Asuntos Exteriores, Ana de Palacio, tan "oportuna" habitualmente a base de ser inoportuna, al afirmar, poca más o menos literalmente: "No, por favor; eso que se dice de que el conflicto es por el petróleo no es más que un infundio; en absoluto, el petróleo no tiene nada que ver con este asunto". Algo parecido pasa con el no menos "representativo" señor Ministro de Defensa, Trillo Figueroa, quien se ha soltado con aquello de que "quienes mantienen que se trata de una guerra por el petróleo no están en sus cabales". Pero, ¿por qué envilecen la argumentación y el lenguaje de tal manera? ¿por qué descalifican sin venir a cuento y de forma tan mezquina e insolente? Seguro que es porque se ha puesto un dedo sobre una llaga. Llegará el momento en que todo esto se tendrá que decir de forma más contundente, y tendrán que admitir que ése es uno de los engaños que manejan. Insisto: el petróleo es uno de los principales motivos por los que Iraq ha sido "seleccionado" como objetivo de esta crisis, de este conflicto, de esta guerra.

Otro motivo principal es el geoestratégico. Recordemos brevemente algunas cuestiones fundamentales que caracterizan la geoestrategia de la zona que nos ocupa a lo largo del siglo pasado, y en particular la siguiente. El principal eje de conflictividad de la misma -potencial siempre, actualizado en diversas circunstancias concretas- discurría por el Canal de Suez. Evidentemente, se prolongaba por las costas del Mediterráneo Oriental, adquiriendo en Palestina significado y gravedad mayores, dimensionándose hacia el futuro de manera especialmente alarmante y amenazadora. De hecho, esta situación venía de tiempos anteriores, y se mantendrá, como digo, hasta bien entrada ya la segunda mitad del siglo XX. A lo largo de las tres últimas décadas de dicho siglo, a ese eje de conflictividad se irá añadiendo otro, más hacia el este, es decir, más asiático, dispuesto también a lo largo de una vía de agua que es por naturaleza aún más disputable: la comúnmente conocida

por Golfo Pérsico, a la que los árabes llaman por su parte *al-Jalich al-Arabí* ("Golfo Árabe"), y cuya correcta y equitativa denominación, en última instancia, tendría que ser Golfo Árabe-Pérsico o Pérsico-Arabe; cualquiera de las otras dos resulta claramente errónea, parcial y origen de disputas y litigios. Durante las últimas décadas del siglo pasado, por consiguiente, este nuevo eje de conflictividad mayor en la zona no sólo se añade al anterior, sino que va progresivamente superándolo, en un proceso imparable que no hace sino incrementarse y profundizarse con el paso al siglo XXI. En realidad, estamos sumidos en ese proceso de forma ya total, y viviendo una fase de particular gravedad y amplia indefinición aún, abierta sin duda a diversas posibilidades futuras inmediatas, aunque no lo advirtamos plenamente y sigamos siendo rehenes casi siempre de la cambiante y transitoria fenomenología de actualidad.

El Golfo era ya una gran potencia económica, sin embargo no total ni armónicamente desarrollada todavía. A lo largo de esas décadas finales del siglo XX se va configurando como gran espacio de conflictividad política también, y este nuevo elemento introducirá a toda la zona en una situación diferente, en otro tiempo distinto, en otra dinámica de alteraciones, reacomodos y replanificaciones. Ocurre todo esto en una circunstancia radicalmente distinta, y en proceso de transformación y mudanza asimismo, de toda la política mundial y de las relaciones internacionales. Lo indicamos simplemente, sin entrar en la cuestión ni añadir más detalles ni referencias al respecto. Lo que sí conviene añadir es que no se trata solamente de un hecho reflejado en la geoestrategia, en la política, en las relaciones internacionales, sino que afecta y caracteriza a toda la orilla propiamente árabe del Golfo. Es decir, ese lado del Golfo está tratando de buscar y de definir su propia identidad global y sus posibles identidades particulares correspondientes a los nuevos estados que se disponen, de forma

y por razones ampliamente accidentales, a lo largo de esa orilla. Esta conflictividad esencial y profunda forma también parte inseparable de la otra nueva conflictividad de la época. El proceso es, en realidad, reciente, y se desarrollará, por consiguiente, durante mucho tiempo por venir todavía. Hasta ahora, el nuevo eje de conflictividad se ha puesto especialmente de manifiesto en tres conflictos bélicos: 1) la primera Guerra del Golfo, o guerra iraco-iraní, entre 1980 y 1988; 2) la segunda Guerra del Golfo, provocada por la invasión unilateral de Kuwait por parte del régimen iraquí y concretada en la coalición internacional –bajo liderazgo estadounidense– contra Iraq; 3) la tercera Guerra del Golfo, o agresión anglo-estadounidense actual contra el mismo país.

Entre el final peculiar de la Guerra de 1991 y el comienzo unilateral de la agresión actual hubo momentos –no lo olvidemos– en que la reanudación del conflicto bélico parecía inevitable: en 1993, 1996, 1998, recordemos. El segundo acto de esa tragedia parecía inevitable, repito, aunque de hecho no se produjera. Fueron ensayos, que ahora sí han cristalizado. Lo que sí estaba fuera de toda duda era que el conflicto bélico se reanudaría; la ocasión y el momento concretos correspondían a los turbios entresijos de la cuestión. Como aquel final “peculiar” de 1991 había sido también sumamente turbio, que la repetición lo haya sido no tiene nada de extraño. ¿Por qué quedó inconclusa, paradójicamente, pendiente, suspendida, la guerra del año 1991? ¿Por qué no se remató, cuando la llamada coalición internacional lo tenía todo a favor, no sólo en el desequilibrado campo de batalla, sino en la opinión internacional? Hasta ahora, nadie ha explicado esa inconsecuencia ni se ha dado por aludido. He repetido una y otra vez que los grandes dirigentes políticos y los no menos grandes geoestrategas militares que plantearon aquel conflicto y dirigieron aquella campaña tendrían que haberse retirado todos, abochornados y avergonzados, asqueados de sí mismos, porque no fueron

capaces de terminar congruentemente –sobre todo, desde su perspectiva– algo que ellos mismos habían iniciado y gestionado. Tuvieron un fracaso absoluto, desde todos los puntos de vista y en todos los terrenos. El bochorno, la vergüenza y el fracaso fueron especialmente imputables a los responsables militares. Si el conflicto quedó inconcluso, pendiente, abierto a cualquier reproducción, sus razones habría, pero nadie se ha dignado explicarlo.

Conviene traer a la memoria varios episodios que tuvieron lugar entre aquel entonces de 1991 y este ahora de 2003, aunque nos ciñamos simplemente a mencionarlos, sin entrar en detalles ni análisis. Ponen también de manifiesto la alta y progresivamente incrementada conflictividad de la zona y el fenómeno de irradiación de la misma hacia otras regiones, al menos parcialmente relacionadas con aquélla. Se trata del inicio de las “conversaciones de paz” en busca de la solución del conflicto palestino-israelí –excelente ejemplo de farsa estéril y falaz, pero a pesar de ello mantenida– y de la guerra de Afganistán, en buena parte preanuncio de esta actual contra Iraq, y que también en gran medida quiso presentarse como respuesta a la barbaridad y el error que fue el atentado contra Nueva York del 11 de septiembre del 2001. Entretanto se habían ido generando y difundiendo teorías perversas, como la del “choque de civilizaciones” o la del “final de la Historia”. Renuncio a aludir a otros conflictos bélicos de la época, y en concreto a los acaecidos a lo largo del “corredor mediterráneo”. Son expresiones particularizadas de lo que afirmamos: estamos ante un proceso, interdependiente e interpenetrado, con múltiples ejemplificaciones diversas. Cabía ya empezar a pensar que, posiblemente, el adjetivo “neocolonial” empezaba asimismo a cuadrarle en amplia medida y proporción. De hecho, el belicismo general iba engrosando de forma imparable y creciente: iban siendo cada vez más los que se convencían de que la confrontación entre lo que llaman el Islam y el Occidente –con evidente e

hiriente asimetría léxica y conceptual al menos, que no les importa ni intimida en absoluto— era inevitable; y hasta algo peor: para muchos estaba justificada.

La geografía es algo que se suele conocer muy mal, o más bien se desconoce o se desdeña. Con la historia pasa algo muy parecido. Desde mi humilde y personal punto de vista, geografía, historia y lengua —sin jerarquización alguna en la mención— siguen siendo las tres disciplinas básicas para hacerse una pequeña idea, aproximada, del mundo, de qué hacemos en él todos, qué pintamos o dejamos de pintar, para qué estamos, qué valemos... Es decir, preguntas absolutamente esenciales para todos nosotros, como colectividad, y para cada uno, como individuo. La geografía es, en principio, el conocimiento básico para que reconstruyamos el mapa de la zona, y la geografía, la simple contemplación de un mapa, nos enseña, nos recuerda, que Iraq significa justamente el centro de toda la zona que nos interesa, constituye su pieza axial y nuclear. Hablando en términos flexibles y no rígidos: Iraq es equidistante, a lo horizontal y a lo vertical, hacia el oeste, del Mediterráneo oriental; hacia el este, de las tierras que constituyen el umbral del Asia central y de las que constituyen el umbral del subcontinente índico; hacia el norte, del Cáucaso y varias de las repúblicas ex-soviéticas, con grandes poblaciones musulmanas; hacia el sur, del Cuerno de África y territorios colindantes, incluyendo la vasta Península Arábiga y todo su extensísimo balcón marítimo meridional afro-asiático. El centro ideal de todo ese enorme espacio múltiple y fraccionado, de toda esa enorme geografía en gran medida dislocada, pluralmente conflictiva, acumuladamente conflictiva, es precisamente Iraq, con su privilegiada situación geoestratégica. Soy de la opinión de que ello ha constituido un motivo de primerísimo orden para haber sido “seleccionado” como objetivo primero y de singular importancia en toda la crisis última del *Maxrek*, del Próximo y Medio Oriente.

La geoestrategia está directa y fuertemente vinculada a la política, y se interaccionan mutuamente. El factor propiamente político ha estado presente también en esta operación y tiene su cuota correspondiente. Esta zona se ha ido configurando como un vacío de poder, como un espacio de múltiples y diversas confrontaciones en búsqueda de una hegemonía de poder, que no se ha producido de forma auténtica y suficiente. Los posibles modelos a aplicar, con diferencias apreciables tanto desde el punto de vista teórico como desde el práctico, eran varios. De entre todos ellos, había uno que cabía considerar como especialmente aplicable y adaptable, teniendo en cuenta la mayoría arabo-islámica de la zona. En principio, podía producirse en dos variantes: un poder hegemónico unitario, o un poder unitario también pero articulado en un eje, para evitar disputas internas de liderazgos y susceptibilidades heridas. Ninguno de ellos ha sido posible finalmente. Exponer los procesos producidos al respecto, las causas y motivos que han ido dando al traste con las diversas iniciativas ensayadas, analizar las complejas experiencias acaecidas, buscar en fin las responsabilidades y “culpabilidades”, constituye una empresa sumamente atractiva, hasta seguramente fascinante, pero también claramente desplazada e inconveniente en esta contribución. Voy a aludir tan sólo, por ello, a las experiencias y tentativas acontecidas de carácter unitario. Como es obvio, de forma muy escueta, telegráfica.

El primer momento fue el que podríamos denominar también como la “posibilidad siria”. Fue, inmediatamente terminada la Primera Guerra Mundial, el intento de reconstrucción del legendario e idealizado Imperio Árabe Islámico medieval de marchamo meya, y en Damasco. La película *Lawrence de Arabia* lo puso en parte al alcance del gran público, aunque a fin de cuentas preferiera lo espectacular, fuera rehén de opciones interpretativas



tendenciosas, y no abordara nada enjundioso y sustancial. Poco importa ahora todo eso; lo que importa es que el intento fracasó.

El segundo momento tiene lugar durante los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. Se presenta en origen con dos variantes, que trataron de conjuntarse sin conseguirlo: la "baazí" y la "naserista". El motor y estandarte de la primera era un partido político; de la segunda, un individuo, un auténtico líder, un verdadero adalid, seguramente el único que ha conocido hasta ahora el mundo arabo-islámico contemporáneo. En ambas opciones predominaba con mucho lo ideológico. Se impuso temporalmente la segunda, la que cabía denominar también "posibilidad egipcia". Tuvo algunos destellos fugaces de triunfo, pero finalmente fracasó también. Y este segundo fracaso dejó el proyecto prácticamente liquidado, o al menos incapacitado para mucho tiempo en el futuro, casi desmantelado en todas sus dimensiones y posibilidades.

Por ello, no ha habido un tercer momento, aunque pudiera parecer que sí lo iba a haber: el de la "posibilidad iraquí" concretamente, en su variante "baazí", desde los años setenta hasta finales de los ochenta. En realidad, no se puede hablar de fracaso porque tampoco fue propiamente un intento. El caso iraquí pertenece más a la esfera del nacionalismo propiamente local que del nacionalismo pan-arábigo, por mucho que se intente hacer pasar con esta etiqueta.

A la opción de articulación en ejes parece también desproporcionado e inoportuno referirse aquí. El eje El Cairo-Damasco, al menos se intentó formalmente, con el naserismo, y fue también inútil. Sí quiero dejar constancia de que nunca se ha podido o se ha querido ensayar el que, tal vez, podría haber resultado más eficaz, pero también más imprevisible: El Cairo-Riyad-Damasco.

Nos hemos movido hasta ahora en el terreno que corresponde a las posibles opciones autóctonas, o indígenas, más extendidas, arraigadas y representativas. Puestos a ampliar el posibilismo teórico, hay que tener en cuenta que el vacío político y de poder que finalmente caracteriza a la zona podría haberse resuelto también con el elemento ajeno y trasladado: es decir, con Israel. Hay que reconocer que no han faltado intentos de que así fuera, y seguramente esos intentos están al acecho todavía. Pero hay que congratularse de que tales intentos no se hayan concretado nunca —a pesar del enorme esfuerzo, insisto en ello, que ocasionalmente se ha desplegado para que así fuera— porque la aberración que con ello se cometería resultaría totalmente traumatizadora y absolutamente irreparable. Como lo es también la que seguramente se está ensayando ahora, en el marco de esta reactualización de la crisis iraquí. Porque ¿de qué se trata en definitiva? Pues de llenar ese mantenido vacío político y de poder en la zona de la manera más descabellada, ofensiva y peligrosa, seguramente incendiaria, y empleo tal adjetivo con plena conciencia de lo que digo: mediante la instalación como potencia hegemónica de la única que ya se comporta como tal en varias partes de la tierra; es decir, de los Estados Unidos de América. Todo esto quiere conseguirse mediante la concepción y realización de un plan neocolonial, y esto es justamente lo que se está produciendo. Iraq resulta el espacio más adecuado para la ejecución de ese plan, la pieza más vulnerable desde hace algún tiempo, la que cuenta con el régimen que cometió un gran error: la invasión de Kuwait. Para llevar a cabo el inicio del plan hay que empezar a escenificar una gran farsa. La exigencia actual es proclamar la necesidad del desarme de Iraq; el propósito claro es ocuparlo. Ello posibilitará la continuación y extensión del plan. De no hacerlo así, resultaría de imposible aplicación. Y está muy claro que la actual administración estadounidense, que

carece por completo de los escrúpulos residuales mínimos que tenían las anteriores, está decidida a ejecutarlo.

\* \* \*

Como parecía previsible, y resulta coherente, la indagación sobre el "¿por qué?" nos conduce naturalmente al "¿para qué?". Lo que pasa actualmente con Iraq es importante, pero lo que va a venir después de la agresión contra Iraq, aun teniendo en cuenta la forma en que ésta se desarrolle y cómo finalice, en concreto, va a ser seguramente más importante, bastante más grave y bastante más aterrador. La agresión, lo que comúnmente se llama la guerra, a mí me parece ya segura. Estamos haciendo la introducción a una guerra anunciada. Yo no tengo la menor duda al respecto, y así lo vengo repitiendo desde hace ya bastante tiempo. Lo que lamento profundamente y me aterra, pero es mi visión rigurosa y consecuente de los hechos que se van produciendo. Iraq es una etapa, una fase del proceso, y en consecuencia vendrán después otras. Más o menos inmediatamente, con posible diferencias de intervalos, de preparación y de escenificación, pero vendrán. Abordar este aspecto consecutivo de la cuestión –el "¿para qué Iraq?"– resultaría tan sugerente e incitante como lo ha sido el "¿por qué Iraq?". Dentro de muy poco será, además, totalmente necesario. Lo haremos entonces.

Prefiero ahora, para terminar esta contribución, recordar algunos párrafos del primer artículo de prensa que escribí inmediatamente después de la invasión de Kuwait, y que se publicó con el título de "El vértigo del Golfo" a mediados de agosto de 1990: Dicen así:

*¿Por qué se ha decidido Saddam Husain a invadir Kuwait y anexionárselo, a amenazar frontalmente a Arabia Saudí, y a aparecer*

*como el único provocador de un conflicto internacional de incalculables consecuencias, cuando sabía además algunas cosas elementales (...)? [Sabe] que el primer riesgo inminente lo corren él y su propio país: "confinado con desiertos al sur y con numerosos puertos de montaña al norte, Iraq está virtualmente sin defensa contra una invasión", como asegura algún tratadista competente en estos asuntos (...) Como primer resultado inmediato, e indiscutible para casi todos, esta acción ha traído "la necesidad del establecimiento militar americano en la región"; más aún, la "legitimación" de ese establecimiento. La vieja aspiración de muchos, y no sólo de EE.UU., se cumple ahora como "reacción natural y justificada". Ya no tiene que buscar gendarmes locales sustitutos y vulnerables, sino que puede ella ejercer de gendarme directo y con todos los fieles ayudantes que se le enrolen. Tiene posiblemente las manos libres para gestar y disponer, por ejemplo, cualquier presumible "proyecto de paz global para la zona". Todo ello le acarreará no pocos sinsabores y gastos, pero también mayores beneficios.*

Insisto, estamos en un proceso, y este nuevo acto se atiene al curso que era claramente previsible; estaba en realidad anunciado. Quedan muchos aspectos e interioridades de ese proceso por aclarar y explicar todavía. Siguen siendo numerosos aún los enigmas, tanto en relación con el pasado como, en especial y con enorme temor, en relación con el futuro. Sin embargo, entre las cosas que se van aclarando conviene quedarse con algunas al menos. Por ejemplo, que la actual administración estadounidense está decidida a llevar adelante su plan neocolonial, haciendo caso omiso de legalidades, de moralidades, de humanidades, porque "le da la real gana", sencillamente. Asimismo, que la conciencia pública internacional, contraria a la guerra, defensora de los derechos cívicos y de las libertades individuales y sociales, harta de dilemas falaces, está eligiendo el camino de la resistencia, de la solidaridad y de la protesta totalmente justificada y firme, y no lo

abandonará. Otrosí, que Israel quiere sacar también el mayor beneficio en el presunto reparto de ganancias. Hasta ahora no lo habíamos mencionado, pero ahí está, y en primera fila, aunque semi-tapado. Y por último: que si los árabes no despiertan, se quedarán ya dormidos para siempre.